

## El tema del «Abencerraje» en una versión épica del siglo XVI

LORENZO RUBIO GONZÁLEZ

El poeta leonés Diego de Santisteban Osorio ha tenido escaso relieve en la historia de la literatura española. Solamente los que se han dedicado al estudio pormenorizado de la épica española del Siglo de Oro pueden haber topado con su nombre en repertorios bibliográficos o en monografías del género. Y aun en estos casos, su nombre se ve acompañado de calificativos poco favorecedores, debido, sobre todo, a la escasa fortuna poética con la que continuó *La Araucana*<sup>1</sup> de Ercilla. Pero además de la *Quarta y quinta parte de la Araucana*, por las que ha sido casi exclusivamente juzgado, Santisteban Osorio escribió antes el poema épico *Las guerras de Malta, y toma de Rodas*<sup>2</sup>, que ha sido completamente ignorado desde su publicación en 1599.

Partiendo del supuesto de que la mayoría de los poemas épicos cultos de la literatura española no alcanzaron el nivel de calidad que lograron otros géneros del Siglo de Oro, no resultará extraño afirmar desde un principio que los de Osorio tampoco rayan a mayor altura, sino que engrosan modestamente el amplio caudal de una épica abundante, pero mediocre en general. No obstante, hay que admitir que la formulación de juicios generalizadores nos puede llevar a la imprecisión de calificar globalmente un género y unas obras que, estudiadas individualmente, presenten aspectos o valores que merezcan ser destacados por variadas razones.

Tal ocurre con *Las guerras de Malta*. Ciertamente, no es un poema que reúna valores estéticos de calidad excepcional; pero en su conjunto puede entrar con dignidad a formar parte de la historia de la épica, cuya totalidad es estimable dentro de la historia literaria.

---

<sup>1</sup> *Quarta y quinta parte de la Araucana*. Dirigida a don Fernando Ruiz de Castro y Andrade, Conde de Lemos, Andrade y Villalua. En Salamanca, en casa de Juan y Andrés Ranuat, 1597.

<sup>2</sup> *Primera y segunda parte de las guerras de Malta, y toma de Rodas. Por Don Diego de Santisteban Osorio. Dirigida a don Antonio de Toledo Gentilhombre del Rey nuestro señor, y su Caçador mayor, etc. Con privilegio. En Madrid. En la imprenta del Lic. Varez de Castro. Año MDXCIX.*

En esta obra el autor nos narra los acontecimientos bélicos que se desarrollaron en torno a Malta, centro de importantes intereses para turcos y cristianos en relación con el dominio del Mediterráneo alrededor de 1565. Aunque el autor promete en el prólogo de su libro atenerse únicamente al asunto de la guerra —conquista por parte de los turcos, defensa heroica por parte de los caballeros cristianos—, pronto se da cuenta de que le resulta un tema insuficiente para tan largo poema como había proyectado, y desde el Canto V introduce relatos amorosos que van alternando con las hazañas bélicas, respecto a las cuales guardan una relación muy débil. Hay dos razones fundamentales que justifican su inclusión. Una nos la da el propio autor: contribuir a dotar de amenidad el poema variando la atención del lector, a fin de que el gusto no padezca estrago. La otra razón se desprende de la inexperiencia de Diego de Santisteban ante el asunto de la defensa de Malta: cuando emprende su amplio poema heroico, es un joven de veintidós años, poco experto en el arte poético y escasamente informado sobre las incidencias de la conquista y defensa de la isla de Malta. Todo cuanto refiere parece que procede de una información muy general sobre el caso, obtenida en alguna lectura o testimonio que él no supo recoger bien, o que no eran de por sí demasiado explícitos. El propio autor confiesa en más de una ocasión su poca experiencia y sus pocas luces, debidas a su juventud, por lo que se disculpa ampliamente. Para suplir su escaso conocimiento de la historia de las guerras de Malta, recurre a varios procedimientos: piezas retóricas en forma de arengas, celebración de juegos y competiciones e inclusión de historias de amor. La mayor parte de los relatos amorosos —si no todos— proceden de la tradición literaria española y aparecen simplemente acomodados a los personajes y ambientes turcos mediante el recurso elemental de cambiar los nombres y modificar ligeramente las circunstancias para reducirlos a un relato sustancial y arquetípico.

De los siete episodios amorosos que relata, el más bello es el que se refiere a la historia de los amores del valeroso Reduán y la hermosa Guazala. Solamente puede competir con ésta la de los amores de Ambroz y Troyla, que comienza en el Canto VII de la Primera Parte y salta a los cantos V y VI de la Segunda, aunque esta distancia menoscaba la unidad de la estructura y el interés del lector. Pero ambas, situadas en el centro del poema, son como las dos corrientes de interés del conjunto de la obra, en las que ésta encuentra sus mejores momentos poéticos.

Parece que Santisteban Osorio quiso conceder un puesto de preferencia a la historia de los amores de Reduán y Guazala. Con ella comienza la *Segunda parte de las guerras de Malta, y toma de Rodas*. Ocupa íntegra-

mente el Canto I —caso único en todo el poema— y aproximadamente la mitad del Canto II. En total, ochenta y cuatro octavas reales (Canto I: 58; Canto II: 26). El Canto I concluye con la libertad que Melchor de Robles concede a Reduán para que vaya a celebrar su matrimonio, y el Canto II con la feliz consumación de éste y la consideración de la virtud como la mayor nobleza del espíritu que puede adornar a un caballero, aunque éste sea turco. Resulta evidente que para Osorio este relato era una pieza de valor excepcional y por eso le concede un tratamiento más esmerado.

Aunque la fecha de impresión de *Las guerras de Malta* es la de 1599, la dedicatoria a don Antonio de Toledo está firmada por el autor en León, a veinticuatro de mayo de 1598, y la aprobación y licencia de impresión son del tres y del veintiuno de septiembre, respectivamente, de 1596. Podemos suponer, pues, que Diego de Santisteban Osorio había concluido su obra antes de septiembre de 1596. Por lo que tardó en escribir la *Quarta y quinta parte de la Araucana*, fácilmente nos es dado deducir que *Las guerras de Malta* fue una obra que compuso entre 1595 y 1596, es decir, la época en la que el romancero morisco estaba alcanzando su máxima difusión dentro del gusto literario. Como consecuencia, el *Abencerraje*, que también había alcanzado gran éxito por haber sido incorporado a la *Diana*, de Jorge de Montemayor, impresa en Valladolid (1562) y al *Inventario*, de Antonio de Villegas, impreso en Medina del Campo (1565), además de aparecer en la *Crónica*, impresa en Toledo (1561) y en la *Corónica* (sin año), es asumido con rapidez por el Romancero, que difunde y populariza su argumento literario en versiones totales o parciales<sup>3</sup>. Cualquiera de estos textos literarios en los que se propagó el *Abencerraje*, pudo ser la fuente de información de Santisteban Osorio, porque estaban al alcance de su mano incluso por cercanía geográfica<sup>4</sup>. Sin embargo, es fácil que conociera también el poema épico de Francisco Balbi de Correggio, *Historia de los amores del valeroso moro Abinde Aráez y de la hermosa Xarifa Aben çerases... Vueltos en verso* (Milán, Poncio, 1593), como también pudo conocer de este mismo autor *La verdadera relación de todo lo que este año de M.D.LXV ha sucedido en la isla de Malta* (Alcalá, Villanueva, 1567), fuente probable de la obra de Osorio. La coincidencia de que estas dos obras se encuentren representadas

<sup>3</sup> Véase la documentada "Introducción" de Francisco López Estrada a su edición de *El Abencerraje*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1980.

<sup>4</sup> Además de las impresiones de la *Diana* en Valladolid y del *Inventario* en Medina del Campo, en esta villa vivió y escribió su primera historia Juan López Ossorio, también leonés, de la misma época y, sin duda, del mismo tronco familiar de los ilustres Osorio de León, que pudo proporcionar a Santisteban libros para su poema.

en *Las guerras de Malta*, inclina a suponerlas, más que una mera influencia, causa determinante de la obra del joven poeta leonés, sin que impida el que pudiera conocer el tema literario del *Abencerraje* por otros medios.

Más que señalar las semejanzas y diferencias entre el texto poético de Osorio y las diferentes versiones en prosa o en verso del *Abencerraje* —cosa que excedería los límites de este trabajo—, pretendo ante todo dar a conocer esta versión épica del tema —que no argumento— de la preciosa novela morisca, para que, en la medida que lo merezca, engrose la diadema bibliográfica que adorna y avalora esa breve pieza de nuestra narrativa, escrita, según Bartolomé José Gallardo «con pluma del ala de algún ángel», de manera que Menéndez y Pelayo estima que «apenas hay en nuestra lengua novela corta que la supere».

El epígrafe que encabeza el texto extraído de la obra de Osorio, corresponde literalmente a la descripción del argumento del Canto I y de la parte del Canto II que se refiere al relato de los amores de Reduán y Guazala. Asimismo, divido el texto en las dos partes que corresponden a los cantos I y II. En cuanto a Reduán, hay que notar que es el héroe más destacado de los turcos. En el mismo Canto II se nos narra una victoriosa hazaña de Reduán en su lucha contra los cristianos, lo cual confirma que después del cortés intercambio de cartas entre Melchor de Robles y él, «quedaron de aquel punto tan amigos / como en la ley contrarios y enemigos». Reduán, además, será el último sobreviviente después del desastre final, en el que los otomanos quedaron desbaratados y se retiraron del asalto a Malta, dejando la playa sembrada de heridos y cadáveres. Hasta el punto, de que para morir con honor antes que sobrevivir avergonzado por derrota, se dará la muerte a sí mismo, con lo cual concluye trágicamente el poema de Santisteban Osorio. Por su parte, Melchor de Robles es también uno de los héroes más sobresalientes entre los caballeros defensores de Malta. El capitanea los socorros enviados por el virrey de Sicilia, con los que el curso de la guerra se inclinará a favor de los cristianos; pero no verá la victoria final, porque encontrará la muerte en la batalla, al final del Canto VI de la Segunda Parte:

Estaba desta suerte combatiendo,  
con su fortuna ingrata porfiando,  
lanzas, botes y dardos rebatiendo  
y golpes temerarios reparando,  
cuando una gran pelota en fuego ardiendo  
llegó, los vientos rápidos cortando,  
y al desnudo cerebro encaminada,  
puso fin a su próspera jornada.

Ambos héroes coinciden en la nobleza de espíritu que les engrandece: Melchor de Robles por la generosidad usada con el vencido —tema principal del relato de Osorio y del *Abencerraje*—, y Reduán por el agradecimiento al favor recibido y por el honesto comportamiento con su amada; además de que a ambos les adorna el valor y la fortaleza, como virtudes del buen soldado.

Es verdad que la versión poética de Osorio representa un notable distanciamiento de las versiones en prosa de la novela morisca. Pero, admitida la necesaria acomodación que exige el molde épico y los cambios de nombres y circunstancias que piden el traslado del argumento a un ambiente distinto, la refundición épica conserva sustancialmente los elementos argumentales de la fuente novelesca que le ha servido de inspiración; y por esta razón, entra a formar parte de la cadena de versiones que se derivan del *Abencerraje*, lo cual justifica el que se dé a conocer en este trabajo.

**I.—El turco Reduán, yendo una noche a Santelmo, da en una emboscada de españoles, donde, después de haber peleado valerosamente, le prende Melchor de Robles, a quien cuenta el proceso de sus amores. II.—Entra el turco en Santelmo, cásase con Guazala, vuelve al campo, paga la libertad que le dio Melchor de Robles.**

## I

El hijo de Latona ya llevaba  
al antípoda ignoto su carrera,  
y sobre su horizonte se mostraba  
descogiendo su rubia cabellera;  
y con los nuevos rayos ya tocaba  
la región contrapuesta y gente fiera,  
y Diana en el ártico misferio  
se mostraba en su círculo primero,

cuando Melchor de Robles bien armado  
salió de la ciudad secretamente,  
y con cien españoles emboscado,  
de grande esfuerzo y ánimo valiente,  
estuvo aquella noche con cuidado,  
para asaltar de súbito a la gente  
del bárbaro Zoltán, que pretendía  
darles todo el enojo que podía.

Eran cien españoles caballeros,  
en las guerras de Marte habituados,  
y para acometer los más ligeros,  
y para echar a huir los más pesados.  
Hombres robustos y en las armas fieros,  
y todos, como digo, bien armados,  
ágiles, desenvueltos, animosos,  
valientes, arriscados y orgullosos.

Iba la luna en su mayor altura,  
arrogante, soberbia y presurosa,  
dejando a su Endimión en la espesura,  
por no escuchar su lástima amorosa;  
ya miraba en las aguas su hermosura,  
loca de verse en todo tan hermosa,  
cuando los españoles bien armados  
aguardaban a los turcos descuidados.

Estuvieron, señor, aquí escondidos,  
en un secreto bosque y enramada,  
para cualquiera cosa prevenidos  
y con mayor silencio en su emboscada.  
Con los cabellos de oro descogidos  
llegaba a la mitad de su jornada,  
dando a la tierra luz, la blanca diosa,  
soberbia en ver su cara tan hermosa,

cuando el gallardo Reduán salía  
del campo y a Santelmo enderezaba,  
dejando el pabellón y el alquería  
adonde el fiero turco se alojaba.  
Iba con arrogancia y lozanía:  
que la bella Guazala le llamaba,  
de la cual era amado y tan querido,  
cual otro por su causa aborrecido.

Soberbio del favor y embravecido,  
y alegre de su próspera ventura,  
iba solo a vencer y a ser vencido  
de una divina imagen de natura,  
con una aljuba y almaizar vestido,  
y debajo una cota bien segura,

aunque según el ánimo llevaba,  
mucho más su valor le aseguraba.

El iba a celebrar su casamiento,  
y a gozar de la dama a quien servía,  
y a ver aquella en quien el pensamiento  
y la imaginación y alma tenía.  
Salió el turco a casarse muy contento,  
vestido el corazón de lozanía,  
mas el cielo con áspero destino  
turbó su pretensión en el camino.

No teme a la fortuna el firme amante,  
aunque se muestre brava y rigurosa;  
ni le parece que será bastante  
a poderlo estorbar ninguna cosa:  
que lleva el turco el ánimo arrogante,  
aunque el alma en su parte sospechosa,  
que es más fácil hacer para los cielos  
que pueda haber amor si faltan celos.

Mas en este temor le aseguraba  
su firme voluntad y pensamiento,  
y el amor que Guazala le mostraba  
en aquel importante casamiento.  
El valeroso joven caminaba  
con grande ligereza, y más contento,  
para subir al tálamo glorioso,  
el cual le fue hasta allí dificultoso.

Y cuando el fuerte Reduán llegaba,  
con toda esta soberbia y gallardía,  
de la parte que hemos sospechado  
la valerosa gente que salía,  
y viendo que era un turco el que pasaba,  
sin saber la ocasión que le traía,  
cuatro de ellos no más le acometieron  
y para la batalla apercibieron.

Sin dar señal de alteración alguna,  
el bravo turco, que se vio cercado,  
tomando por espalda una laguna,  
donde bajaba en tiempos el ganado,

poniendo firme frente a la fortuna,  
y bravo corazón al duro hado,  
con un bastón de acero que llevaba  
el invencible brazo ejercitaba.

Como suele en la esgrima el buen maestre  
jugar de la rodela y del montante,  
y revolver ligero el brazo diestro,  
y entra, sale y al fin pasa adelante,  
no menos, aunque el hado era siniestro,  
se desenvuelve el bárbaro arrogante:  
que es verdadera madre la experiencia  
de aquello que se ordena con prudencia.

Los cuatro caballeros a porfía  
daban la guerra al enemigo fuerte,  
el cual tan altas pruebas de sí hacía,  
que dieron testimonio de su suerte.  
Con determinación se revolvía  
de no temer la rigurosa muerte,  
que el mal temido da mayor tormento  
que aquel que se llevó con sufrimiento.

El uno de los cuatro cayó en tierra  
de un grande golpe en la cabeza herido,  
el cual, después de la sangrienta guerra,  
vino a tomar el sueño del olvido.  
Atropos con el cuerpo helado cierra,  
y el turco Reduán, embravecido,  
se tuvo con los tres que le quedaban,  
que ya por todas partes le cercaban.

¿Qué puede aprovechar su valentía?;  
que al fin era mortal, y cuerpo humano,  
y era tanto el cansancio que tenía,  
que el bastón se le vuelve ya en la mano.  
Faltábale el aliento y la osadía,  
y no el corage y el rancor tirano,  
que al fin no puede haber cosa tan grave,  
que el discurso del tiempo no la acabe.

No con tanto valor los dos atridas  
en la campal batalla porfiaron,

que para defender las propias vidas,  
imposibles sucesos alcanzaron;  
ni aquel romano Scébola y Leonidas  
con tanto corazón se aventuraron,  
como el gallardo bárbaro famoso  
se mostró en este tiempo valeroso.

Mas el estar herido y desangrado,  
ya sin fuerzas, espíritu y aliento,  
y por algunas partes lastimado,  
fue causa de su pena y sentimiento.  
Robles a la sazón había llegado,  
publicando el glorioso vencimiento,  
aficionándose al turco generoso,  
en verle tan valiente y orgulloso.

Por medio entró diciendo: «¡Aparta, fuera!  
Dejad, señores, luego la batalla,  
que no es bien que ninguno aquí le hiera.  
Dejad la guerra, que es razón dejalla».  
Diciendo esto, descoge una bandera,  
cierta señal de paz, para estorballa,  
que luego que los tres la conocieron,  
retirándose atrás, obedecieron.

El turco Reduán, triste y quejoso  
de su fortuna en verse allí vencido,  
le dijo: «Caballero valeroso,  
¿por qué nuestra discordia has despartido?  
Dejárame morir como famoso,  
por no verme sujeto y abatido,  
que más vale una muerte, si es honrada,  
que la vida sin honra y desdichada.

No siento el ser tu esclavo. Sólo siento  
haber perdido el bien que yo esperaba,  
y ver que me ha quitado el vencimiento  
la gloria y el favor que procuraba.  
Esto me tiene triste y descontento;  
y pues aquí mi buena suerte acaba,  
en darme al fin la muerte en tal discordia,  
usarás de crüel misericordia.

Matarme puedes bien; mas ser vencida  
de ti, no puede ser el alma mía,  
que mucho tiempo ha ya que está rendida  
a quien causó mi pena y alegría.  
Tú puedes ser del cuerpo el homicida,  
y de mis desventuras este día,  
pero mi suerte no será tan mala,  
que me quite de ser de mi Guazala».

Robles con atención consideraba  
del bárbaro otomán la gentileza,  
y si de su valor se le acordaba,  
celebraba su mucha fortaleza;  
y quien tan grandes fuerzas alcanzaba,  
tener tal accidente de tristeza  
por gran dificultad le parecía,  
al cual desta manera respondía:

«Tu gran valor, oh turco valeroso,  
y tu dolor, tristeza y sentimiento,  
me tiene bien confuso y cuidadoso,  
por saber la ocasión de tu tormento,  
que en un semblante tan triste y lastimoso,  
de alguna pesadumbre es argumento.  
Bien sé que no es la causa el ser vencido,  
la pasión de otra parte ha procedido.

Si procede de amor esa tristeza  
y puedo yo quitarla y remediarte,  
cuéntame la ocasión, que tu nobleza  
obliga interiormente a consolarte;  
que no has venido agora a tal bajeza,  
que no está en mis manos el librarte;  
y si ves que yo puedo remediarla,  
no dejes, noble turco, de contarla».

El turco a las palabras inclinado,  
y al libre y voluntario ofrecimiento,  
que de su noble pecho y esforzado  
eran bastante indicio y argumento,  
y viendo la virtud que había mostrado  
en el gracioso y franco acogimiento,

tuvo por bien de no encubrirle cosa  
de su historia y tragedia lastimosa.

Y así le respondió: «Tu noble pecho  
y corazón magnánimo y glorioso,  
de verme en tanto mal y tanto estrecho,  
me quitan el pesar dificultoso;  
mas porque esté del todo satisfecho,  
con ese ofrecimiento generoso  
el nombre heroico, príncipe, te pido  
de quien tanta merced he recibido».

«Melchor de Robles soy, cuya ventura  
—respondió— me ha traído a conocerte,  
y el que tu bien y tu salud procura  
por obligarte más y no perderte».  
«Ya no puede llamarse desventura  
—respondió Reduán—, mas alta suerte,  
la que al presente tiempo me ha traído,  
pues tan famosa espada me ha vencido.

Gracias, Alá, que al fin tan buen descuento  
la mudable fortuna me ha traído,  
en querer dar mi gloria y vencimiento  
al que tantas victorias ha vencido;  
de cuya virtud y nacimiento  
ha muchos años que informado he sido:  
que, al fin, queda el vencido desculpado  
cuando es el vencedor hombre estimado.

Y porque el ser vencido de tu mano  
lo puedo yo tener por gran victoria,  
y me obliga también a estar ufano  
el grande exceso de tan alta gloria,  
oye el proceso, noble castellano,  
y la tragedia de mi triste historia.  
Verás que no el dolor del vencimiento  
me mueve a tan extraño sentimiento.

Por el discurso de mi amarga pena  
podrás bien entender mi desventura,  
adonde el cielo santo me condena,  
pues me derriba ya de mi ventura.

Si sabes qué es amor, y en su cadena  
tuviste la cerviz soberbia y dura,  
verás que pierdo en este triste estado  
más bien que cuantos hombres han ganado.

Yo soy el triste Reduán, si el cielo  
puede ya consentir un afligido,  
a quien fortuna, el hado y desconsuelo  
hoy tan injustamente ha perseguido:  
rico de hacienda y pobre de consuelo,  
por el que mis desgracias han perdido,  
que al mayor bien el mayor mal sucede  
cuando del orden natural excede.

Hijo de Reduán, hombre estimado,  
que de su nombre y casa fui heredero,  
y de la triste Aja, a quien el hado  
fue siempre muy contrario y lisonjero.  
Yo de mi inclinación siempre aplicado  
al oficio crüel de Marte fiero,  
cuando en más dulce juventud estaba,  
a las armas del todo me aplicaba.

Y cuando en tiempo y años más crecía,  
tanto gustaba más deste ejercicio;  
y así, con la costumbre a que me hacía  
iba echando de mí cualquiera vicio.  
En fuerzas como en años florecía,  
gustando siempre del robusto oficio,  
y tanto aquí mi estrella me inclinaba,  
que otra cosa que guerras no buscaba.

En este tiempo vi a Guazala bella,  
hija del noble turco Mahometano,  
hermosa dama y principal doncella,  
de trato muy sencillo y cortesano.  
A pretenderla me inclinó mi estrella,  
luego que vi su rostro soberano,  
presuponiendo siempre el casamiento  
y el casto y conyugal ayuntamiento.

Era mi amor con ello en tanto grado,  
que otro segundo Píramo me hacía.

En tanto extremo estaba enamorado,  
que por su causa a mí me aborrecía;  
que te podré decir que mi cuidado  
con la florida juventud crecía,  
creciendo juntamente en los amores  
sus regalos, ternezas y favores.

Dos años pudo haber que la servía,  
y su padre crüel me la negaba,  
por ver que tanta hacienda no tenía  
como él de codicioso procuraba;  
y que aunque le igualaba en hidalguía,  
en el mando y poder no le llegaba.  
¡Oh codicia infernal, loca avarienta,  
que con ninguna cosa estás contenta!

Ella quel matrimonio procuraba,  
y darme por mi amor aquel contento,  
por cartas y billetes me avisaba,  
diciéndome, señor, su pensamiento.  
Cédulas de su nombre me enviaba  
para la ejecución del casamiento,  
viviendo desta suerte entretenido,  
ya con título y nombre de marido.

Zulmán en este tiempo había llegado  
a la misma ciudad, el cual venía  
del venturoso Mahometán llamado  
por la divina prenda que tenía.  
El turco, de su fama enamorado,  
al tálamo esperado vino el día  
que yo con modo y término discreto  
me desposé con ella de secreto.

Un turco de quien ella se fiaba,  
ladino, astuto, falso y engañoso,  
al padre descubrió lo que pasaba,  
que estuvo ya del caso sospechoso.  
Mahometán, que el negocio imaginaba,  
al turco dio a Guazala por esposo,  
diciendo que aquel era su contento,  
que luego se tratase el casamiento.

Vino, señor, el señalado día  
que había de ser en él efetuado  
esto que tanto a la memoria mía  
tuvo ya el pensamiento lastimado.  
Guazala, que descanso no admitía,  
viendo que el tiempo triste era llegado,  
estorbar estas fiestas procuraba  
fingiéndose allí el dolor que no pasaba.

Salió la noche oscura y tenebrosa  
la capa y negro manto descogiendo,  
y la luna menguante y poco hermosa  
iba los cortos rayos descogiendo,  
cuando en la fiesta y zambra sumptuosa,  
al contento la vida posponiendo,  
entré con seis amigos disfrazado,  
por hacer allí un hecho señalado.

Un capellar me acuerdo que llevaba  
encima de una cota y malla fuerte,  
y un casco la cabeza me guardaba  
del duro golpe de la amarga muerte.  
Estuve un poco viendo cómo andaba  
la fiesta y zambra con alegre suerte,  
y a las damas también regocijadas,  
cantando allí con voces delicadas.

Cubierto el rostro con un pardo velo  
para no ser notado y conocido,  
haciendo allí juez al santo cielo  
de aquel agravio injusto recibido.  
Por turbar a Zulmán de su consuelo,  
habiéndolo a mis amigos prevenido,  
con un puñal secreto que traía  
pude vengar el mal de que moría.

Con brújula tan cierta y firme tiento  
encaminé la punta al gran Zulmano,  
que al bruto corazón halló aposento,  
vertiendo sangre por el suelo llano.  
Muy libre me salió mi atrevimiento,  
ya que no pudo ser el golpe en vano,

y la furiosa muerte apercebida  
entró en el cuerpo rojo por la herida.

Mahometán a la espada acudió presto  
por la sospecha que de mí tenía,  
poniendo en alcanzarme todo el resto,  
mas como era tan viejo no corría;  
y por darme la muerte ya dispuesto,  
la cual injustamente merecía,  
dijo al gobernador lo que pasaba,  
que todo aquel estado gobernaba.

Yo, como vi mi pleito mal parado,  
para librar la vida condiciosa,  
me fuí luego alistar, y por soldado  
pasaba a mi placer la edad ociosa,  
que este es un orden y uso bien guardado,  
y entre buenos soldados ley forzosa:  
entrando en la bandera descogida,  
perdonarle la muerte al homicida.

Vine, como ya ves, a esta jornada,  
y Mahometán también, airado, en ella  
procurando mi muerte deseada  
para satisfacer a su querella.  
Con él vino Guazala enamorada,  
muy más que la hermosura hermosa y bella,  
que no quiso dejarla allá en su tierra,  
mas que le acompañase en esta guerra.

Tiene a Santelmo el padre en alcaldía,  
que para este gobierno fue elegido,  
adonde agora está la vida mía  
que a tan penoso estrecho me ha traído.  
Ella, que deseó mi compañía,  
y que le diese prendas de marido,  
me envió a llamar: que aquesta noche fuese  
para que yo la hablase, y que me viese.

Yo que otro bien ninguno deseaba  
más que verme con ella, muy contento,  
como ves, iba a ver qué me mandaba  
y a dar descanso al triste pensamiento:

Iba a gozar del bien que me esperaba  
y a celebrar también mi casamiento,  
mas todas mis desdichas lo han perdido,  
habiéndome a tal punto reducido.

Este ha sido el proceso, y triste historia,  
del que sus desventuras te ha contado,  
el cual, cuando le vuelvo a la memoria,  
renueva y multiplica mi cuidado.  
Perdí mi bien y toda aquella gloria  
que pudiera gozar en dulce estado,  
si la envidiosa suerte no me hallara  
y mi destino próspero estorbara.

No lloro, mi señor, verme vencido;  
que en ser por ti, no pierdo cosa alguna,  
gano lo que pudiera haber perdido,  
siendo otro el vencedor, la guerra una.  
Lloro mi mal y siento haber caído  
del más alto lugar de mi fortuna.  
Si sabes qué es pasión, mi pena advierte,  
que el mal, cuando se llora, es menos fuerte».

Robles, que muy atento le escuchaba,  
viendo el efecto que el amor hacía,  
con doméstica voz le consolaba,  
y desta suerte al turco respondía:  
«De tu suceso y desventura brava  
el dolor ha llegado al alma mía;  
todo lo que es razón tu pena siento,  
y más la perdición de tu contento.

Y porque entiendas, turco valeroso,  
que es mayor mi virtud que tu fortuna,  
y que sé bien hacer del generoso  
con aquel cuya suerte es importuna,  
yo, con la autoridad de vitorioso,  
no quiero sujeción en ti ninguna,  
sino que vayas, bárbaro valiente,  
a gozar de tu gloria libremente.

Y pues la dilación en tu jornada  
te puede ser de algún impedimento,

recibe, turco, mi palabra dada:  
que puedes ir seguro y muy contento,  
que yo en esta batalla señalada  
no quiero más de ti que el vencimiento;  
y si quieres que vaya yo ayudarte,  
a tiempo estás que puedes declararte».

Reduán, al favor agrecido,  
quiso echarse a sus pies determinado,  
diciendo: «Oh capitán, tú me has vencido  
y con esas palabras obligado;  
a tus pies, oh señor, estoy rendido,  
que en ello haces un hecho el más honrado  
que hombre ninguno en todo el mundo ha hecho,  
digno de la grandeza de tu pecho».

Despidióse con esto el otomano,  
agradecido al libre ofrecimiento,  
volviendo a su camino más ufano,  
de ver que iba a cumplir su casamiento.  
Llegó a Santelmo el turco muy temprano,  
que llevaba al fin su pensamiento  
alegre de su suerte venturosa,  
que ya se le mostraba más piadosa.

Y alabando el valor del bizantino  
y el término que tuvo tan honrado,  
Robles a la ciudad tomó el camino  
por un lugar, señor, menos usado.  
Mas lo que al valeroso turco avino,  
será con otro cuento delcarado,  
que ya no puedo al fin con éste tanto,  
que no haya menester un nuevo canto.

## II

Aquel a quien la espuela de amor pica,  
jamás en el descanso halla sosiego,  
antes todas las cosas que publica  
muestran del alma y corazón el fuego.  
Todo aquello, señor, a que se aplica,  
despierta el sueño que le tiene ciego;

no hay cosa que a un amante ponga espanto,  
que no hay temor en él que pueda tanto.

Los varios imposibles que recela  
atormentan el alma ya afligida.  
Cosa, si no es su mal, no la consuela,  
cuando al tirano amor se ve rendida.  
En quimeras se envuelve y se desvela,  
sospechas son verdugos de la vida,  
que hasta que todos llegan acabarla,  
nunca dejan, señor, de atormentarla.

Por ver si el turco Reduán venía,  
estaba en la muralla recelosa  
Guazala, y si algún mal le sucedía  
que turbase su suerte venturosa.  
Otra segunda Hero parecía,  
en la torre de Abido sospechosa,  
cuando aguardaba al miserable amante,  
que el mar iba rompiendo de Levante.

Cualquiera cosa que oye le parece  
halla en su corazón al que aguardaba,  
y a la tardanza culpa, y se entristece,  
y del cielo con voces se quejaba.  
Hablando algunas veces se enmudece,  
y otras hablando al viento nada hablaba,  
porque la turbación de amor es tanta,  
que hace pegar la lengua a la garganta.

Estaba aquí la turca hermosa y bella  
colgando de los muros una escala,  
que el turco había de subir por ella  
para ver y gozar de su Guazala.  
Miraba la solícita doncella  
la playa de Santelmo con su cala,  
y el animoso céfiro rompía  
con las tristes querellas que vertía.

Reduán, que otra cosa no buscaba  
que ver a la ocasión de su tormento,  
con tanta ligereza caminaba,  
que atrás dejaba al presuroso viento.

Llegó a Santelmo, y cuando allá llegaba,  
del líquido y diáfano elemento  
miraba la corriente presurosa,  
alborotada, brava y espantosa.

Salió cerca del fuerte y vio a Guazala,  
que con humilde voz señal le hacía  
porque saliese presto de la cala  
y subiese a gozar de su alegría.  
El turco Reduán que vio la escala  
y la ocasión que el tiempo le ofrecía,  
con mucha diligencia subió al muro,  
que estaba el paso entonces muy seguro.

Guazala que le vio, dejando a un lado  
si tenía algún temor o algún recelo,  
con el ánimo y pecho asegurado  
dijo: «Mi Reduán, gracias al cielo,  
que tan alto favor y bien me ha dado  
en ponerme en tus brazos gran consuelo.  
Ha sido para mí dichosa suerte  
esta que me ha traído a conocerte.

¿Cómo tanto, señor, habéis tardado?  
¿Por qué con brevedad no habéis venido?  
Que tanta dilación ha fatigado  
con algunas sospechas mi sentido.  
¿Cómo, señor, tan tarde habéis llegado?  
Decidme si algún mal ha sucedido,  
que estoy en vuestros brazos sospechosa,  
y más enamorada que dudosa».

El turco respondió: «Señora mía,  
no fue por mi descuido y negligencia,  
que yo llegara aquí luego; quel día  
hizo por la enemiga noche ausencia.  
Pero sabréis que al tiempo que venía  
con gran solicitud y diligencia  
a verme en vuestro cielo, una emboscada,  
mi señora, encontré de gente armada.

Gracias Alá, que todo ha sucedido  
como yo, mi señora deseaba.

Será después el caso referido,  
aunque la vida el verme así me acaba.  
Sólo habéis de saber que fui vencido  
de quien, señora, menos yo pensaba,  
el cual de tal grandeza usó conmigo,  
que me fuerza en el alma a ser su amigo.

Tal liberalidad, tanta nobleza  
mostró con vuestro esclavo el vitorioso,  
que no se vio tan alta gentileza  
jamás en pecho alguno y generoso;  
y así, de mi fortuna la esperanza,  
y la fuerza del hado riguroso,  
en mayor gloria y bien se convirtieron,  
pues hoy en vuestros brazos me pusieron.

Alá lo quiso así, Guazala mía,  
y vuestra voluntad y mi ventura,  
pues me deja gozar de la alegría  
por donde más mi vida está segura;  
y antes que venga el esperado día,  
y rompa el manto de la noche oscura,  
quiero poner por obra el casamiento,  
y esto, dándome vos consentimiento.

La bárbara, discreta cuanto hermosa,  
y tan enamorada como bella,  
mostrábase al galán tan amorosa,  
que el turco con razón moría por ella.  
La mano y voluntad le dio de esposa,  
quedando la hermosísima doncella  
con un marido tal, cual convenía  
a su linaje, gracia y gallardía.

Prendas de dulce esposo y de marido  
le dio el amante turco y venturoso,  
quedando allí el amor más encendido  
de aquella unión y afeto más gozoso.  
Con esto quedó el bárbaro dormido  
con dulce sueño y natural reposo,  
dando la rienda suelta al pensamiento,  
corriendo por el mar de su contento.

A nuestro cielo el sol había llegado,  
estando ya de Crancro en ascendente  
y por la oblica esfera rodeado,  
los apartados reinos de occidente;  
y por la zona tórrida en el grado  
más alto del lucido y rojo oriente,  
la próspera carrera comenzaba  
y los ardientes rayos dilataba.

Cuando del fuerte Reduán salía  
con la bella Guazala enamorada,  
volviéndose a su campo y alquería,  
donde estaba su gente aposentada,  
quiso darle su luz el claro día  
porque hiciese mejor esta jornada  
llevando a su mujer y dulce esposa,  
que estaba de su padre temerosa.

Al campo llegó el bárbaro animoso  
en su fortuna y fuerzas confiado,  
contento con su amiga y orgulloso  
por el bien y favor que había gozado.  
Estaba el turco desto tan gozoso,  
cuanto alegre y mejor enamorado,  
que pretender descanso honestamente,  
es saber en las cosas ser prudente.

Agradecido el turco al beneficio  
que recibió del noble castellano,  
quiso darle señal y claro indicio  
de un agradecimiento cortesano;  
mostrando de su pecho el noble oficio,  
digno del nombre propio de otomano,  
tres captivos envió a Melchor de Robles,  
cristianos, caballeros y muy nobles.

Con ellos, tres caballos poderosos  
de la española raza derivados,  
suetos, ligeros, bravos y animosos,  
con mochilas de seda enjaezados;  
tres lanzas berberiscas, tres curiosos  
alfanges y tres petos aprobados,

tres adargas de fez, tres arcabuces,  
tres gallardas banderas con sus cruces.

Salvoconducto y liberal licencia  
sacó del General graciosamente,  
y con esta real magnificencia  
envió a Melchor de Robles el presente;  
el cual, viendo del turco la prudencia  
que mostró en una carta, y el valiente  
corazón, y el esfuerzo aventajado  
con que se defendió de un campo armado,

tomó papel y tinta, y confiando  
la pluma del ligero pensamiento,  
respondió a sus palabras alabando  
la voluntad y franco ofrecimiento;  
y una amistad con él confederando,  
que fue de admiración y documento,  
quedaron de aquel punto tan amigos,  
cuanto en la ley contrarios y enemigos.

La libertad a todos agradable  
hizo esta hazaña y señalado hecho,  
que es pérdida el perderla incomparable,  
que a nadie pudo dar jamás provecho;  
y queda el que la pierde miserable,  
y el que la gana y cobra satisfecho;  
que la cosa más alta que tenemos,  
es esta libertad con que nacemos.

Después de largo luto y sentimiento  
el padre de Guazala importunado,  
hubo de dar al fin consentimiento  
y recibir al yerno desposado.  
Dio por bueno después el casamiento,  
viendo del noble turco el trato honrado,  
que la virtud, de malos enemiga,  
para cualquiera rosa al hombre obliga.

Y aquel que por ser pobre despreciaba,  
le vino a recibir con alegría,  
viendo que la riqueza que se alaba,  
en la nobleza y sangre consistía.

En ésta Reduán se aventajaba,  
y en la virtud y fuerzas que tenía;  
que aquel tiene más gloria y más riqueza,  
que alcanza más virtud y más nobleza.

Esta es quien a los hombres perficiona,  
y levanta del polvo de la tierra,  
y sube tan de punto la persona,  
que siempre la prefiere en paz y en guerra.  
Esta es quien da a los hombres la corona  
que mayor alabanza y gloria encierra.  
Por rico puede ser aquel contado,  
que vive más contento y sin cuidado.

